

UN SALUDITO PARA TODOS
LOS QUE ME CONOCEN

Daniel Potaschner

UN SALUDITO PARA TODOS
LOS QUE ME CONOCEN

Prólogo de Eduardo Sacheri

Mendoza, 2022

EDIUNC

Potaschner, Daniel

Un saludito para todos los que me conocen / Daniel Potaschner;
prólogo de Eduardo Sacheri. —1ª ed.— Mendoza: EDIUNC, 2022.

112 p. ; 20 × 13 cm - (Letra portátil / Narrativa; 4)

ISBN 978-950-39-0402-2

1. Narrativa Argentina. 2. Narrativa Latinoamericana. 3. Cuentos.

I. Sacheri, Eduardo, prolog. II. Título.

CDD A863

Primera edición: Mendoza 2022

©EDIUNC, 2022

<http://www.ediunc.uncuyo.edu.ar>

ediunc@uncuyo.edu.ar

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN 978-950-39-0402-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

EDIUNC | Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo

Dirección: Iris Viviana Bosio

Dirección de la colección: Juan López

Edición y corrección: Javier Piccolo

Prólogo: Eduardo Sacheri

Diseño de la colección: María Teresa Bruno y Graciela Amadío

Ilustración de cubierta: Graciela Amadío

En esta edición del libro UN SALUDITO PARA TODOS LOS QUE
ME CONOCEN se utilizó papel ilustración de 300 gramos para
las cubiertas y papel bookcel de 65 gramos en el interior.

El texto se compuso con las tipografías Piazzolla y Alegreya
Sans, diseños de Juan Pablo del Peral (Mendoza).

Se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2022
en La Imprenta Ya, Estados Unidos 1061, B1604 Villa Martelli,
Provincia de Buenos Aires, Argentina.

A Idol y Mario, por todo

PRÓLOGO

por Eduardo Sacheri

Sospecho que no soy bueno escribiendo prólogos. Ni prólogos, ni contratapas. No hay caso. No se me dan bien. Si se me permite, me explayaré en las razones. Si me piden un prólogo —o una contratapa—, tengo que leer el libro en cuestión. Bien. Una vez hecha la lectura, pueden suceder dos cosas: que el libro me haya gustado, o que no me haya gustado. Vamos al primer caso.

Si el libro me gustó, voy a intentar explicar, en ese prólogo —o contratapa—, las razones por las cuales me gustó. Y siempre, indefectiblemente, tiendo a sentir que mis argumentos no le hacen honor a las virtudes que he detectado en ese texto que me gustó. Es decir: mis elogios terminan desluciendo aquello que se supone que deben resaltar. Pésimo favor le estoy haciendo, en ese caso, al autor.

Vamos al segundo caso. Si el libro no me gustó, volcar elogios al libro que no me gustó en el prólogo —o en la contratapa— será un acto de fingimiento, una trampa, una mentira. Y pésimo favor le estoy haciendo,

en ese caso, al lector. En suma: suelo negarme a escribir prólogos —o contratasas—, porque siento que se me invita a caminar por una cornisa demasiado delgada de la que sí o sí voy a caerme, del lado de retacear elogios merecidos, o del lado de prodigar méritos inexistentes. Y por detrás, o por encima, de todas esas dudas, permítanme levantar un argumento central: yo no soy más que uno más que lee el libro, y tiendo a pensar que mi opinión no es más válida que la de ningún otro lector.

Pues bien, si aun así Daniel considera que vale la pena contar con mi prólogo —o con mi contratasa—, no me da el corazón como para desacreditar ese deseo. Y, en consecuencia, les diré que lo he leído. Y que, después de la lectura, puedo decir que *Un saludito para todos los que me conocen* pertenece a los libros que sí me han gustado. ¿Por qué? Porque me gusta el modo en que Daniel se sirve de la vida cotidiana, de lo próximo, de lo cercano, para profundizar en lo más hondo y profundo de los seres humanos. Y no suelo encontrar mejor función para la literatura, la verdad. Otra razón de que me guste es que está bien escrito, aunque sea complicadísimo explicar qué significa para mí que algo esté bien escrito. Es como con el fútbol. Hay gente que juega bien y gente que no juega bien. Y son cosas que uno distingue de tanto jugar y ver jugar. Bueno. Hay gente que escribe bien y gente que no escribe bien. Y son cosas que uno distingue de tanto leer. Y resulta que Daniel escribe bien. ¿Alcanza con esos dos argumentos?

Agrego otros dos, para no sentirme siempre tan esquemático, tan pobre, a la hora de justificar por qué me gustó lo que acabo de leer. Uno es que Daniel escribe con humor. Y en una época de solemnidades tórridas no me canso de celebrar el acto de inteligencia —y de módica rebeldía— que implica saber reír. Y el otro, por último, es que el libro también me gustó porque Daniel comprende con claridad que se puede ser profundo sin ser hermético. Que el desafío de la literatura está en llegar al fondo, más allá del sendero que se tome para esa búsqueda. Y en esto de atreverse a caminar, Daniel toma caminos numerosos: el de un auto viejo que desaparece, el de un colectivo que no pasa casi nunca, el de un hijo que es testigo de cómo su padre escribe un poema, el de alguien que quiere avisarle a alguien sobre los riesgos de alquilar una determinada propiedad inmueble, el de un justiciero vial salvaje e

implacable, el de un productor musical que pontifica sobre la música, o el de una historia de amor que se hace trizas en una esquina.

Esos son algunos de los senderos que eligió Daniel para descender a lo profundo del alma humana. Y a mí me gustó recorrerlos con él.

Mayo de 2022